



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Laudatio de Investidura
como Doctor *Honoris Causa*
del prof. Dr. Dale W. Jorgenson

Prof. Dr. Francisco Pérez

València, 26 de maig de 2016

Señor Rector Magnífico de la Universitat de València,
Autoridades,
Querido profesor Jorgenson,
Miembros de la comunidad universitaria,
Distinguidos colegas de otras universidades
Amigas y amigos, señoras y señores

Quiero comenzar mi intervención rememorando un hecho sucedido hace ya medio siglo pero que, por su naturaleza, probablemente está presente en los sueños actuales de muchos jóvenes investigadores que hoy van a recibir su título de doctor por la Universidad de Valencia. A ellos deseo dirigirme especialmente en este primer minuto de mi laudatio al profesor Jorgenson, a quien nuestra universidad nombra esta mañana Doctor Honoris Causa por sus relevantes méritos.

El hecho que quiero recordar para subrayar el significado de que tanto él como ustedes sean los protagonistas de este acto sucedió en la primavera del año 1963, cuando Dale Jorgenson publicó, con apenas 30 años, un trabajo seminal que sería el punto de partida de una larga trayectoria que ha resultado merecedora de reconocimiento mundial. No es infrecuente que las etapas más creativas de los investigadores sean

las de su juventud y por ello hago referencia a esa publicación temprana: para destacar que hoy están reunidas en este Paraninfo las ideas que anidan en los cerebros de los nuevos doctores y las que se reflejan en el impresionante curriculum académico del profesor Jorgenson. Gracias a la fuerza tractora de esas cadenas que forman los sueños y los resultados intelectuales, se produce el avance del conocimiento y, como consecuencia del mismo, se logra buena parte del progreso que van consiguiendo las sociedades contemporáneas.

Merece pues la pena, subrayar que en este acto se reúnen personas que han hecho de las universidades lo que son y otras de las que depende lo que nuestras instituciones serán. A los que ahora comienzan es bueno recordarles que desplazar la frontera del conocimiento y trasladar sus avances a la sociedad exige mucho esfuerzo y una nítida vocación de servicio. Se necesita inspiración, pero también mucha transpiración, mucho trabajo. Así lo muestra la trayectoria de dedicación al estudio y al magisterio del profesor Jorgenson, cuya vida académica refleja tanta inteligencia y tanto esfuerzo que debe ser puesta como ejemplo.

Quiero agradecer la oportunidad que mis colegas me ofrecen de dirigirme a todos ustedes en este acto para cumplir esa tarea. A mis compañeros de la Facultad de Economía y del Departamento de Análisis Económico, que apoyaron unánimemente la propuesta de esta investidura y al rector Esteban Morcillo que la hizo suya. Y, de manera muy especial, a los profesores Matilde Mas y Javier Quesada, con quienes he compartido esta iniciativa y una larga relación de colaboración con el profesor Jorgenson, que comenzó con su primera visita a Valencia hace algo más de dos décadas, en 1994.

Dale Jorgenson se doctoró a los 26 años por la Universidad de Harvard en 1959 y fue inmediatamente contratado por la Universidad de California, en su campus de Berkeley. Había publicado en los dos años inmediatamente posteriores a la obtención de su PhD ocho artículos, algunos de ellos en revistas de primera fila, como *Econometría* y la *Review of Economic Studies*, pero sería el trabajo aparecido en el mes de mayo de 1963 antes mencionado el que resultaría seminal para su trayectoria y la de otros muchos economistas. Era breve, de 13 páginas, se titulaba “Capital Theory and Investment Behavior”, vio la luz en una de las mejores revistas de nuestra especialidad, la *American Economic Review*, e iba a tener una relevancia extraordinaria. Tanta que medio siglo después sería reconocido por el comité encargado en 2011 de seleccionar los 20 artículos más influyentes publicados por esa revista en sus cien años de historia. Fue elegido atendiendo a “su calidad intelectual, su influencia en las ideas y las prácticas de los economistas, su relevancia y su alcance”.

En los más de cincuenta años transcurridos desde la publicación de ese trabajo, la dilatada trayectoria académica y profesional del profesor Jorgenson presenta tantos aspectos sobresalientes que resulta más fácil identificarlos que sintetizarlos. Intentaré hacer lo segundo con brevedad, para dedicar más tiempo a comentar el alcance de sus principales contribuciones para los economistas y para todos los presentes.

Tras ser promocionado en Berkeley a full professor y realizar estancias como profesor visitante en las Universidades de Oxford, Chicago y Jerusalén, Jorgenson volvió a Harvard, como catedrático en 1969, con 36 años. Allí dirigiría más tarde el Departamento de Economía y el Programa sobre Tecnología y Política Económica de la Kennedy School

of Government. A esas dos sobresalientes unidades de la considerada por muchos la mejor universidad del mundo, sigue vinculado, desempeñando sus funciones actualmente como Samuel W. Morris Professor of Economics. Ha dirigido más de 70 tesis doctorales –entre otros a algún economista licenciado por nuestra universidad que hoy nos acompaña– y publicado más de 300 artículos de Economía, la mayoría en revistas académicas de alto impacto. Ha sido editor de las principales revistas de Economía del mundo, como *American Economic Review*, *Review of Economics and Statistics*, *Quarterly Journal of Economics*, *Bell Journal of Economics*, *Review of Economic Studies*, *Journal of American Statistical Association*. Es autor o editor de treinta y seis libros, en general publicados por las editoriales universitarias más prestigiosas.

El profesor Jorgenson ha ocupado puestos de la máxima relevancia en la comunidad científica, como la presidencia de la *American Economic Association*, del *Board on Science, Technology and Economic Policy* del *National Research Council*, de la sección de Ciencias Económicas de la *National Academy of Sciences* y de la *Econometric Society*. Es miembro de honor de la *American Philosophical Society*, la *Royal Swedish Academy of Sciences*, la *US National Academy of Sciences* y la *American Academy of Arts and Sciences*. Ha recibido múltiples reconocimientos académicos, entre ellos, ocho Doctorados Honoris Causa, por las Universidades de Uppsala, Oslo, Keio, Mannheim, Roma, Estocolmo, Hong Kong y Kansai, al que se añade hoy el que le otorga nuestra Universitat.

Quiero apoyarme en uno de los reconocimientos más destacados, la concesión por la *American Economic Association* de la *John Bates Clark Medal*, en 1971, para perfilar los rasgos por los que más

sobresale el profesor Jorgenson. Esta medalla se otorga cada dos años para reconocer grandes contribuciones al pensamiento económico y al conocimiento personas nacidas o que trabajen en los Estados Unidos y tengan menos de 40 años. Cuando Jorgenson fue galardonado tenía 38 y el comité destacó sus sobresalientes aportaciones a la teoría económica pura y a los métodos estadísticos. Subrayó que era “un maestro en el territorio entre la economía y la estadística, aplicando ambas disciplinas al estudio de problemas concretos. Su prolongada exploración de los determinantes del gasto en inversión hasta sus últimas consecuencias –concluía- permanecerán como uno de los mejores ejemplos del maridaje entre teoría y práctica en economía”.

En efecto así ha sido, y el artículo de 1963 del joven Jorgenson era ya un ejemplo temprano y magnífico de ese planteamiento. Pero en otros muchos trabajos aparece también reflejada su concepción de la Economía como una disciplina que asume las exigencias de contrastar empíricamente las teorías. De ahí se deriva su continuada preocupación por mejorar el instrumental teórico, estadístico y econométrico, para asentar los análisis económicos y las políticas públicas sobre bases más sólidas. Asimismo, su presencia regular en foros académicos e institucionales refleja su compromiso con trasladar los resultados de sus investigaciones a los que adoptan decisiones en los ámbitos temáticos considerados, para ayudar a decidir mejor.

El telón de fondo de muchos de los trabajos de Jorgenson es un tema que despierta el máximo interés de la Economía desde su emergencia como campo científico diferenciado: los factores que impulsan el progreso. Adam Smith tituló su obra más importante *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, y desde me-

diados del siglo XX hablamos del estudio de las fuentes del crecimiento económico. Las aportaciones del profesor Jorgenson han permitido revisar en profundidad durante las últimas décadas el consenso profesional existente sobre esta cuestión hasta los años 70 del siglo pasado. Y gracias a sus contribuciones podemos hoy evaluar mucho mejor los canales por los que el conocimiento contribuye al desarrollo económico a través de la acumulación de distintos activos, tangibles e intangibles, y en especial comprender el papel en las últimas décadas de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones.

En las primeras etapas del análisis de las fuentes del crecimiento los fisiócratas destacaron como fuente del valor la productividad de la tierra y los economistas clásicos el trabajo humano. Pero los analistas más perspicaces, como Ricardo y Marx, advirtieron pronto que en las economías industriales debía ocupar un lugar destacado el capital, es decir, el conjunto de medios de producción duraderos que son financiados a partir del ahorro y acumulados a partir de la inversión, acompañando al trabajo y a la naturaleza en la producción de bienes y servicios. Los economistas clásicos investigaron qué valor aportaba la maquinaria a la producción, convencidos de que su contribución resultaba crucial para entender una nueva era en la que la tecnología estaba permitiendo avanzar en productividad por ocupado a ritmos desconocidos y mejorar sustancialmente el nivel de vida de los habitantes de los países que lograban sostener ritmos de acumulación continuados.

Como hablaré en el resto de mi intervención mucho de capital, permítanme aclarar a quienes no son economistas que al referirme a este concepto no me referiré a su acepción financiera sino real, es decir, a las máquinas, los equipos o las naves en las que se materializan las inversio-

nes, y también a otros activos intangibles pero no menos productivos, como el capital humano.

La Economía ha prestado en los últimos dos siglos enorme atención al estudio de los procesos de capitalización como determinantes de las ventajas que logran las empresas y los países que consiguen llegar más lejos. Pronto se entendió que lo hacían apoyados en el esfuerzo inversor realizado, es decir, que lograban ser más productivos y disfrutar de mayores ingresos gracias a los capitales acumulados en el pasado. Como dijera ya en siglo XIV Bernardo de Chartres refiriéndose a la acumulación de conocimientos, con una expresión atribuida con frecuencia a Isaac Newton, nuestras mayores capacidades en un momento concreto de la historia se derivan de que “somos como enanos a subidos a hombros de gigantes. Podemos ver más, y más lejos que ellos –decía aquel monje-, no porque la agudeza de nuestra vista ni por la altura de nuestro cuerpo, sino porque somos levantados por su gran altura”.

Pero para quienes tenían una concepción empírica de la Economía el reto no era solo ser consciente del papel del capital sino precisar cuánto contribuye al crecimiento esa plataforma que el mismo representa. Para aproximarnos razonablemente a ese objetivo ha tenido que pasar mucho tiempo hasta disponer de una métrica adecuada a esa finalidad. Ha sido construida en el último medio siglo a partir, en buena medida, de las aportaciones de Dale Jorgenson. Los pasos que hubo que dar para articularla fueron tres: descubrir que la contribución del capital no quedaba bien reflejada por el valor del stock de capital acumulado, sino por los servicios que el capital proporciona; formular una medida adecuada de esos servicios del capital ofrecidos por los distintos activos, estimándolos a través del coste de uso; y construir las estadísticas para

poder medir el coste de uso que tengan en cuenta que los servicios de los distintos capitales pueden ser diferentes.

El primero de esos tres pasos se había dado al desarrollar la teoría de la productividad marginal, pero los avances en la formulación del coste de uso fueron insuficientes hasta el trabajo de Jorgenson de 1963. Pocos años antes, en 1957, Solow todavía consideraba la medición del coste de capital una utopía, incluso para las economías más desarrolladas estadísticamente como Estados Unidos, que ya disponían entonces de algunas estimaciones del stock de capital. Las consecuencias de esas limitaciones teóricas y estadísticas eran que las contribuciones del capital al crecimiento se medían mal y un porcentaje muy elevado del mismo (hasta las cuatro quintas partes) quedaba inexplicado, reconociéndose que constituía la medida de nuestra ignorancia, según la expresión acuñada por Abramovitz. En esas circunstancias, como el crecimiento observado resultaba muy superior a las aportaciones estimadas del trabajo y capital empleadas, la diferencia se atribuía a un progreso técnico exógeno, no incorporado a los factores, que desciende como un maná sobre la economía de manera gratuita, lo que dificulta la identificación de las causas por las que en un país esa fuente del progreso manaba más que en otros.

Con algunas excepciones que el propio Jorgenson señalaba en 2009, ese fue el consenso de la profesión hasta principio de los 70, tanto en la literatura teórica como en la empírica, pero el diagnóstico del crecimiento prevaleciente hasta esa fecha ha sido con posterioridad ampliamente superado. Ahora la mayor parte del crecimiento se explica por las aportaciones de los factores productivos, en especial por las mejoras en la calidad del trabajo y del capital. El progreso tecnológico ya no es exó-

geno, sino en buena medida incorporado a través de los procesos de inversión en capital humano y en distintas clases de capital, tanto tangible como intangible. Esta nueva visión permite seguir mucho mejor la pista del progreso, y destacar la relevancia de los detalles de las características de los procesos de acumulación en cada economía, su composición y el aprovechamiento de las distintas inversiones en capital físico y humano.

El trabajo teórico y estadístico de Jorgenson ha sido clave para ese cambio de perspectiva en la interpretación del crecimiento. Su artículo de 1963 completó la definición de coste del capital, añadiendo a la depreciación y el tipo de interés dos variables muy importantes: los impuestos sobre el rendimiento de los capitales y el efecto de las variaciones en los precios de los bienes de inversión, tanto en el momento de su adquisición como durante su vida útil. Considerar todos esos componentes ayuda a comprender que el coste de utilizar los distintos activos no es el mismo y permite evaluar cuál tendría que ser la productividad de un proyecto de inversión para cubrir el coste de uso de cada uno de los capitales empleados. En otras palabras, la formulación del coste de capital de Jorgenson completa y resume toda la información esencial a considerar al tomar las decisiones de inversión.

Si las empresas cuando invierten son racionales esperarán de sus proyectos la productividad suficiente para cubrir el coste del capital, y tendrán en cuenta que el éxito de los mismos depende tanto de circunstancias controladas por la empresa como de otras inciertas que escapan a su control. Para la empresa o el empresario acertar es crucial para que su apuesta resulte rentable, pero para los países también lo es porque si la productividad de sus capitales no es suficiente los costes de las inversiones no se recuperarán. En ese caso, pese al esfuerzo que re-

presenta invertir, esa fuente del crecimiento manará con menos fuerza y su debilitamiento podrá tener efectos duraderos porque duraderos son los capitales.

El planteamiento de Jorgenson permite contemplar todas las dimensiones del problema de la inversión y advertir que sin información adecuada sobre el coste de uso del capital la evaluación de la productividad de las inversiones -y de las contribuciones de los capitales al crecimiento- resultan imprecisas. Los problemas derivados de la falta de información se presentan en Economía con frecuencia y constituyen un riesgo para los diagnósticos, para la orientación de las políticas y para el bienestar social, como han vuelto a advertir recientemente destacados economistas y distintas instituciones económicas. Joseph Stiglitz lo subrayaba en su presentación del Informe de la Comisión para la Medición de los Resultados Económicos y el Progreso Global, en el año 2009, afirmando que “lo que medimos afecta a lo que pensamos y a lo que hacemos”.

Esta misma preocupación explica que el profesor Jorgenson, tras construir su guía conceptual para mejorar la comprensión de las decisiones de inversión, haya trabajado incansablemente para mejorar la base empírica con la que medir el coste del capital. Gracias a los avances logrados con sus iniciativas y a la colaboración de otros economistas de distintos países, como algunos que hoy nos acompañan, podemos evaluar la dinámica de la inversión y de la productividad, medir con más garantías las aportaciones del capital al crecimiento y anticipar mejor las implicaciones de políticas económicas que afectan a los procesos de acumulación. También podemos revisar a la luz de estos avances, y deberemos hacerlo, las implicaciones de las evaluaciones convencionales

del uso de la capacidad productiva instalada y del crecimiento potencial de las economías que sirven de base a algunas predicciones de estancamiento secular.

La vía por la que Jorgenson ha contribuido a realizar progresos muy importantes en la medición de las contribuciones del capital y del trabajo al crecimiento ha sido proponer métodos para estimar la calidad de los factores productivos. Ha trabajado incansablemente para que las economías dispongan de sistemas de información y metodologías estadísticas que permitan medir la calidad de los factores, insistiendo en la necesidad de desagregar al máximo la información sobre distintos tipos de trabajo, diferentes activos físicos y distintas inversiones en activos intangibles.

Para lograr esos avances el profesor Jorgenson ha liderado grandes proyectos internacionales de cooperación estadística y científica, ampliando las perspectivas con las que se estructuran los actuales Sistemas de Cuentas Nacionales, con el fin de incluir en ellos el capital productivo. En paralelo, ha promovido World KLEMS, un proyecto internacional de generación de información comparable y análisis de la misma hoy presente en cinco continentes y más de 40 países, en el que participan investigadores de nuestra Universitat y del Ivie. World KLEMS acaba de celebrar su cuarta conferencia mundial esta semana, reuniéndose en esta ocasión en España. Quiero agradecer a los representantes en este gran proyecto de Japón, Reino Unido, Italia, Holanda, Estados Unidos y Argentina que hoy nos acompañen en este acto

Este amplio conjunto de aportaciones que llevan la huella de Dale Jorgenson han hecho posible, por tanto, que seamos capaces de pensar mejor y medir con mucha más precisión las fuentes del crecimiento y de explicar fenómenos muy relevantes relacionados con el mismo. Uno especialmente destacado es el papel de las TIC en el crecimiento del último cuarto de siglo. El cambio de perspectiva metodológica propiciado nos ha permitido entender por qué su importancia es mayor incluso de la que refleja el rápido aumento de estas inversiones. La razón de la importancia de las TIC se deriva de que se invierte en ellas mucho gracias a que su coste de producción se ha reducido espectacularmente por efecto del avance tecnológico y, a la vez, de que el flujo de servicios que proporcionan estos capitales es muy intenso

La enorme caída del precio de las TIC, se ha originado en la ampliación exponencial de la capacidad de los microprocesadores descrita por la ley de Moore, que capta el hecho de que las sucesivas generaciones de semiconductores son más rápidas y mejores. La paralela reducción del precio de los semiconductores durante los últimos veinte años ha facilitado masivas inversiones en activos TIC, aunque su depreciación acelerada implica que el coste de uso de cada euro gastado en estos activos es elevado. Ese coste no ha supuesto un freno a su penetración porque los inversores atribuyen a las nuevas tecnologías una elevada productividad. La pregunta que debe plantearse es si esa conjetura de los inversores se cumple siempre, es decir si los servicios productivos efectivamente proporcionados por las TIC son en todos los proyectos los esperados. La respuesta es que el resultado puede depender de que los activos TIC se combinen adecuadamente con otros activos, especialmente con los recursos humanos más cualificados y otros capitales intangibles ligados a

las mejoras organizativas dentro de las empresas, capaces de rentabilizar todo su potencial.

La sustancial mejora de la información estadística reciente gracias a proyectos impulsados por Jorgenson, en particular la desagregación sectorial de muchos datos, ha permitido mejorar nuestra capacidad de evaluar esta cuestión. Ahora podemos advertir que la penetración de las TIC ha pasado de ser un motor de mejora de la productividad en los sectores productores de hardware, software y comunicaciones a serlo en las ramas usuarias de las nuevas tecnologías de muchos más países que los que producen TIC. Estos cambios se están produciendo con frecuencia a través de la introducción de innovaciones tanto de productos como de procesos en muchísimas actividades industriales, pero sobre todo en los servicios. Para muchas empresas dedicadas a actividades terciarias las TIC han pasado a ser elementos transversales de sus tecnologías y les obligan a revisar con frecuencia sus organizaciones y a utilizar más capital humano para gestionar la complejidad. Por esa razón, el aprovechamiento efectivo de las oportunidades que ofrecen las TIC es variable en las distintas economías. Aquellas que consiguen combinarlas adecuadamente con el capital humano y organizacional adecuado son más productivas que las que no lo hacen. De momento, nuestra capacidad de explicar esas diferencias a nivel de empresa es limitada, pues los bancos de datos microeconómicos con los que ya se trabaja rara vez permiten conocer la composición de los capitales que usan las empresas.

Gracias a los trabajos desarrollados por investigadores de la Universidad de Valencia y el Ivie sobre esa base metodológica y estadística impulsada por el profesor Jorgenson, podemos explicar mejor el origen de las carencias que presenta España en materia de productividad, em-

pleo y renta por habitante. Se deben en buena medida a una deficiente orientación de las inversiones –demasiado sesgada hacia activos poco productivos, como los inmobiliarios, y demasiado poco hacia las TIC y los activos intangibles, como el capital humano y organizacional. Se deben también a un escaso aprovechamiento del esfuerzo inversor en educación y a una inadecuada especialización productiva, poco orientada al conocimiento y escasamente generadora de valor.

Pero igual que tienen relevancia las contribuciones de Dale Jorgenson para España, lo tienen para medir e interpretar las causas del estancamiento de Japón en las últimas décadas, las razones por las que Europa dejó hace veinte años de aproximar su productividad a la de Estados Unidos, cuáles han sido las fuentes de la aceleración del crecimiento en economías emergentes como China o la India que ha permitido sacar de la pobreza extrema a cientos de millones de personas, por qué el desarrollo es irregular en América Latina o si dicho proceso podrá prender en el continente africano. Así pues, como en tantos otros casos, el trabajo académico tiene implicaciones directas e indirectas que lo hacen socialmente muy relevante.

Si nos interesamos por cómo las políticas pueden contribuir a remediar carencias, los trabajos de Jorgenson ofrecen también guías para el diseño eficiente y la evaluación de políticas públicas muy importantes. El elemento común a sus recomendaciones es preguntarse cómo afectarán las políticas que se proponen al volumen o la orientación de las inversiones. En la medida en que las conductas de los inversores se vean afectadas positiva o negativamente por las políticas, estas tendrán efectos sobre variables de las que depende el crecimiento actual y el bienestar de las generaciones presentes y futuras. Para dar respuestas

más precisas a la pregunta de qué impactos se pueden esperar de las políticas, Jorgenson propone construir modelos de equilibrio general intertemporal, que permiten evaluarlas cuantitativamente al contemplar un amplio conjunto de comportamientos y restricciones.

En los años recientes, Jorgenson se muestra especialmente activo en tres ámbitos de actuación pública que le preocupan extraordinariamente. El primero es cómo conseguir una imposición eficiente, es decir, proporcional a la capacidad de los factores productivos de generar ingresos. O dicho técnicamente, cómo lograr que los tipos impositivos marginales del trabajo y del capital se igualen. Su respuesta es: las bases imponibles deben fijarse a partir de una adecuada valoración de los servicios que presta cada tipo de activo, es decir, del salario y del coste de uso los distintos capitales. El segundo ámbito de interés reciente de Dale Jorgenson es el análisis económico de la política medioambiental. Su teoría arroja luz sobre el problema al advertir que mientras las regulaciones medioambientales se diseñen de manera que eleven al coste de uso del capital afectarán al crecimiento. En cambio, si se basan en la imposición sobre las emisiones y en los permisos de emisión pueden alcanzar los objetivos deseados sin perjudicar el crecimiento. El tercer ámbito en el que recientemente ha trabajado es la valoración del bienestar y la desigualdad, coincidiendo en esa preocupación con otros destacados economistas y muchos observadores de la realidad social, que advierten los riesgos y distorsiones de representar las trayectorias de nuestras sociedades basándose demasiado en la evolución del PIB y su distribución. Su propuesta es prestar más atención a la distribución del gasto en consumo y no solo a la de los ingresos, e incluir en la valoración del

consumo los servicios proporcionados por los bienes de capital de los hogares –tanto inmobiliarios como en equipamiento-, dado que son actualmente muy importantes, y también los servicios públicos ofrecidos gratuitamente por los gobiernos.

Tras esta apretada síntesis de sus contribuciones debo concluir y lo haré con un breve apunte personal. Si contemplar en perspectiva las contribuciones académicas del profesor Jorgenson impresiona, no impresiona menos su personalidad accesible y su trato sencillo. Su gran capacidad de acogida –reforzada por la personalidad, perspicacia e inteligencia de su esposa, gracias Linda- es, sin duda, directamente proporcional a su capacidad de hacer equipos y movilizarlos. El profesor Jorgenson es activo, sintético y entusiasta y ejerce su liderazgo con gran inteligencia y con la máxima prudencia. También en este terreno sobresale de manera extraordinaria y ha sido una suerte enorme para algunos de nosotros habernos beneficiado de sus grandes cualidades.

No es por esto por lo que nuestra universidad lo distingue con el Doctorado Honoris Causa, pero creo que desde la perspectiva que señalaba al principio de mi intervención, la de proponer su trayectoria como ejemplo de lo que debe ser un maestro, este es un perfil de Dale Jorgenson que lo engrandece como persona y nunca deberíamos olvidar.

Muchas gracias a todos por su atención



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

EDITA
Universitat de València
Gabinete del Rector

DISEÑO
Universitat de València
Unidad de Web y Marketing

Todos los derechos reservados



VNIVERSITAT
DE VALÈNCIA